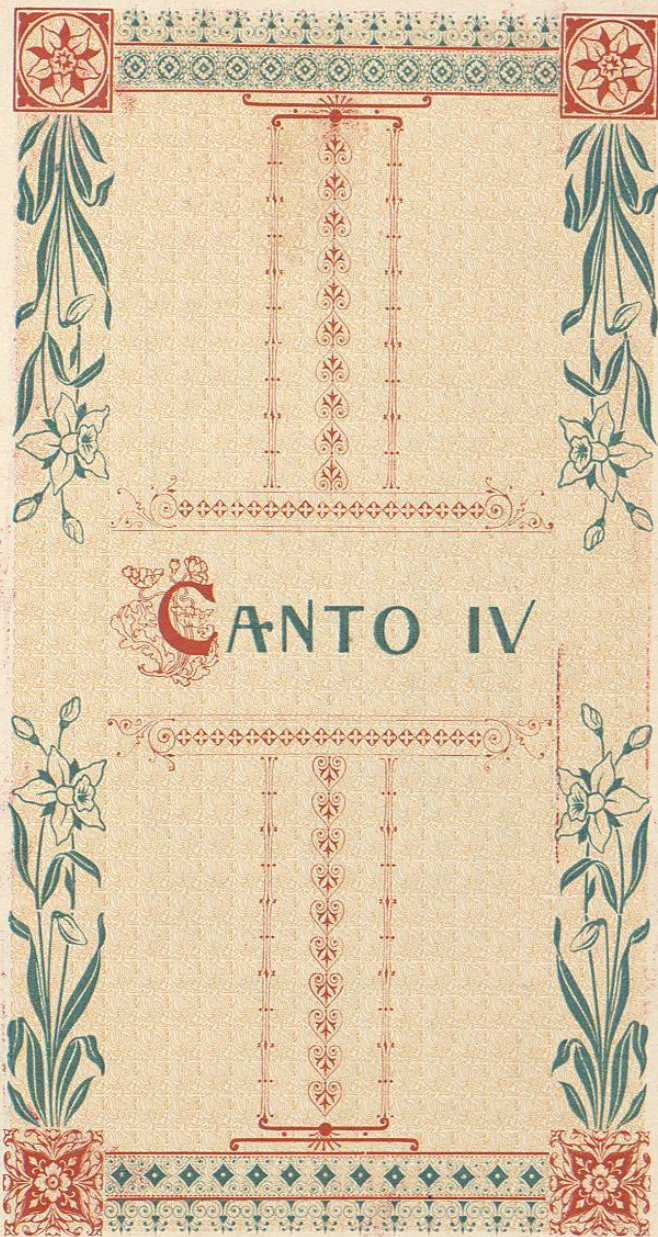


Ante aquel signo, atónito arredrose
El monstruo á extraña causa obedeciendo;
Abrió sus fauces, y un rugido ahogose,
Y, súbito, sin bríos, retrocediendo
Por los abruptos riscos, despeñóse
A Satán y á sí mismo maldiciendo.
¡Signo de redención, emblema augusto!
¡Vida del hombre, y del Averno susto!



Fin del Canto Tercero





CANTO IV.

EL negro ollín de la mansión del llanto
Sacude de tus cuerdas, lira mía;
Vuelva á ceñirte el mirto y el acanto,
Y con nuevo entusiasmo y alegría,
Vibren los ritmos de tu osado canto
Al borde mismo de esa noche umbría:
Deja ya de la muerte las regiones,
Sigue cantando del amor los dones.

Ya empieza á despertarse la natura,
Desplegando sus párpados; ya siente
Esas primeras ansias de luz pura
Que hacen abrir sus puertas al oriente;
Y envuelta en su flotante vestidura,
Sale la aurora alegre y sonriente,
Con su rosada mano en los espacios
Enhebrando amatistas y topacios.

Ligeras nubecillas que semejan
Los suspiros del orbe por la vida,
El horizonte, vaporosas, dejan,
Y sus galas cambiando sin medida,
Del bajo suelo más y más se alejan
Para dar á porfía la bienvenida
Al aureo febo, y recibir ansiosas
Sus besos y sonrisas luminosas.

Se miran las montañas empinarse
Para espiar sus primeros resplandores,
Y de rosás y violas coronarse
Luego que de los mares bramadores
Lo vean como un esposo levantarse;
Los céfiros lo anuncian triscadores,
Y es toda la creación engalanada
Su tálamo y alcoba perfumada.

Sólo de Nazaret la Flor más bella,
La hermosa Virgen, la idëal María
No aguarda que la grande estrella
Surja del seno de la noche fría:
Mas apenas el alba ya destella,
Y el ave anuncia en la enramada el día,
Deja el humilde lecho, y, diligente,
Eleva al cielo su oración ferviente.

Toda su mente y corazón inflama
El Verbo augusto que en su seno mora,
Y lo ha trocado en una viva llama,
Llama vital, fecunda, abrasadora;
Y allí, no conteniéndose, derrama
Su benéfica influencia salvadora
Por los ámbitos vastos de lo creado,
Y todo á su contacto es transformado.

La Virgen Madre, como el sol gigante,
Se apresura á medir vasto camino,
En sí llevando ese Astro fulgurante
Que ha de esparcir su brillo peregrino:
Pónese en marcha rápida al instante,
Para cumplir su singular destino,
Y dejando los lares de su aldea,
Se encamina á los montes de Judea.

Se estremece de júbilo y palpita
En reedor la natura, presintiendo
El grande Numen que en el seno habita
De esa excelsa mujer, y obedeciendo
A extraño impulso que su seno agita;
De un fúlgido tapiz se va vistiendo
Por donde imprime su virginea huella
La fecunda castísima doncella.

Violas, claveles, súbito pululan
Del fértil suelo entre la verde grama,
Y nardos y azucenas se acumulan
Con las rosas ardientes como llama:
Todas, en fin, las flores se estimulan
Al dulce oficio, y cada cual reclama
Su grato turno, y aun la amable brisa
Más pura y juguetona se desliza.

Ya de Esdrelón empieza la llanura
A extenderse lozana y vigorosa,
Cubierta de una alfombra de verdura
Donde la grey lanígera retoza;
No lejos el Cisón ronco murmura,
Y arrastra su corriente presurosa,
Hinchada por las nieves derretidas
De las montañas por el astro heridas.

No se acuerda que un tiempo en sus oleajes,
Testigos de un gran triunfo, había arrollado
Escudos y armaduras y carruajes
Que hubo heroína invicta destrozado,
De Sízara vengando los ultrajes:
Hoy su antigua grandeza se ha eclipsado
Porque mira acercarse á su ribera
Del Eterno á la Madre verdadera.

Sigue ella su camino al mediodía,
Casi rosando el présago coloso
Del insigne Tabor, que ya vestía
Su tronchado cacumen misterioso
Con los cabellos trémulos del día;
Destácase no lejos el selvoso
Pequeño Hermón con su Naín risueña
Que, aun no despierta, se diría que sueña.

Ya el alto sol las sombras recortaba
Cuando la Virgen con igual premura
A la rústica Engánim se acercaba,
Y hacia la izquierda en su normal tristura
Los secos montes de Jelbóe dejaba
Que lloran todavía su desventura
Aridos, taciturnos; en sus huecos
Vibran aún de maldición los ecos.

Vasta llanura más allá se extiende
Que árbol ninguno en derredor sombrea,
E impune Sirio con su saña enciende,
La cierra un altiplano en que campea
Betulia, cuyo núcleo se defiende
Por grueso antemural que la rodea:
La sombra de Judit se mira erguirse,
Y de áureo nimbo fúlgida ceñirse.

La divina viajera infatigable
Sigue en su marcha: á Dótain ha dejado
Que de José la escena lamentable
En sus vetustos muros ha grabado.
Y ya la tarde más y más amable,
En la gama nupcial había empezado
Sus tintas á mezclar, cuando María
Llegaba á la opulenta Samaría.

Pero quizá temiendo algún ultraje
De sus mal prevenidos moradores,
Buscar no quiso entre ellos hospedaje:
Mas guiada por los últimos fulgores
Del moribundo día, siguió su viaje,
Envuelta en los perfumes de las flores;
Y por fin de Siquém llegó á las puertas,
Que encontró aún, al presentarse, abiertas.

Esos antiguos muros patriarcales
Que en su amable regazo han recogido
De su Jacob los restos funerales,
Daban albergue entonces al Prometido,
Oculto entre los senos maternos.
Ya la noche de luto se ha vestido,
La natura sin pulsos se desmaya,
La Virgen duerme. . . el Universo calla.

Mas apenas la estrella diligente
Ya preludiaba el himno matutino
Que el orbe canta al Dios omnipotente;
La Madre del que impera al torbellino,
Rompe aquel blando sueño prontamente,
Y apréstase otra vez á su camino:
Ancho sendero sigue polvoroso
Que va ondulando por un valle herboso,

Entre cercados de cactús gigantes
Que parecen asirse de la mano
Ebrios, nudosos, ya sus arrogantes
Siluetas muestra con un aire ufano
El Garíztim, do ascienden suplicantes
A adorar, por costumbre, al Soberano
Los que pueblan la culta Samaría,
Que nunca de su rito se desvía.

Gálgala más delante, guarda austera
Las grandes piedras que Josué el ardiente
Como un eterno monumento irguiera,
Ya del Jordán domada la corriente;
A Betel deja atrás la gran viajera,
Y saluda ese idilio permanente,
Y á Gabaón, donde con grande acato
El sol cumplió su singular mandato.

Surge Berot; no lejos la colina
Orlada de palmeras bulliciosas,
A cuya sombra un tiempo la heroína
Del Esdrelón sus leyes provechosas
Dictaba con prudencia peregrina
De Israel á las turbas numerosas;
Otros pequeños pueblos traspasando,
La Virgen á Salén se va acercando.

Ya en sus altas agujas y torreones
Rompe sus dardos el fanal del día,
Y atisba de soslayo otras regiones.
Sin detenerse allí, sigue María;
Pues llevando de amor los grandes dones,
Por difundir ese raudal ansía.
Al llegar á Belén, su pecho siente
Incógnita atracción, ardor vehemente.

Por gozar de su sombra la frescura;
Pero el pasó violenta, y atraviesa
Del Terebinto la árida llanura
Donde, según la fama, cuando empieza
Del día la riña con la sombra oscura,
Se oye repercutir con entereza
Del terrible gigante, allí vencido,
El moribundo horrísono gemido.

Una faja purpurea enrojecía
Las crestas de los montes de Judea;
Ya á Hebrón entre sus quiebras se veía,
Y no distante la feliz aldea
A do la Virgen real se dirigía
Por estrecha garganta que anguilea
Quebrada y bronca en medio de collados,
De olivos y viñedos coronados.

Mientras camina con ardor creciente,
Comienza á oír los plácidos rumores
De la Sellada cristalina Fuente
Que, entre ninféas y mil palustres flores
Deslizándose, corre mansamente
A entregar sus caudales bullidores
En los vastos estanques, obra hermosa
Del sabio Rey que celebró á su esposa

Con aquel bello idilio, inimitable,
Compuesto entre el perfume regalado
De ese Huerto Cerrado, incomparable,
Que Él por su misma mano hubo plantado,
Y de ese manantial inagotable
Regaba con el líquido acopiado,
Y en venas compartido, que doquiera
Las galas esparcía de primavera.

¡Oh! cómo ahora ese vergel ameno,
Allí su huella al estampar María,
La bella Esposa mística, en su seno
Al gran Jehová llevando, parecía
De un gozo inmenso, extraordinario, lleno,
Y prodigar sus frutos, á porfía,
Y todos sus perfumes y colores
A la Flor más hermosa entre las flores,

¡La Madre del Señor! que al fin llegaba,
Al asomar la estrella vespertina
A la remota Aín: pero ignoraba
Que entre los muros de esa aldea mezquina
¡Ay! la anciana feliz no se encontraba
Desde que recibió prenda divina
Del cielo bienhechor; nada turbóse,
Y á la cercana vega encaminóse.

Allí, sin artificio, la natura
Sencillas galas pródiga vestía,
Contenta con su empírica hermosura,
Sin cuidar de afectada simetría:
Enramadas formaban de verdura,
Donde apenas el sol paso se abría,
Higueras, limoneros y granados,
De sus flores pristinas, ataviados.

De allí no lejos, con sonoro estruendo
Se despeñaba un manantial copioso,
Que entre espumas blanquísimas hirviendo,
Después iba á regar un valle hermoso
Donde el lentisco y algarrobo abriendo,
Su verdusco ramaje bullicioso,
Alberge de los pájaros cantores,
Templaba del solsticio los calores.

Una casita rústica, modesta,
Con rubor recatarse parecía
Entre las sombras de gentil florestá
Que en derredor compacta se extendía,
Enlazando sus copas: era ésta
Una pequeña granja, do solía
Isabel con su esposo retirarse,
Y á la oración entrambos entregarse.

¡Elicona divino! nuevamente
Hazme oír las estrofas celestiales
De ese himno sin par que eternamente
Resuena entre los coros imortales;
Un rayo de ese fuego indeficiente,
Que enciende los palacios siderales,
Hiera mi pecho, y de entusiasmo henchido
Las glorias cante de *Jehová escondido*.

Expiraba la tarde por momentos;
Ya al desierto quejarse no se oía;
Apenas, arrullado por los vientos,
Entre las ramas de la selva umbría,
Callaban de las aves los concentos:
Sólo el ronco torrente no dormía;
Y entre rocas rompiéndose hervoroso,
Turbaba de las sombras el reposo:

Cuando la Virgen, tímida á los lares
De Zacarías llegaba. Toscos muros
Formados de antiquísimos sillares,
Donde el tiempo dejó tintes oscuros,
Conservaban en rasgos no vulgares,
De un ilustre blasón signos seguros.
Retiembla esa pacífica morada
Por un huesped tan grande visitada.

Ella con voz tan suave y melodiosa,
Como vibrante de emoción, los brazos
Echó al cuello á su prima venturosa,
Y la estrechó con los más dulces lazos,
Entre expansión ardiente é impetuosa:
Mas la voz en la anciana halló enbarazos,
Se anudó la palabra en su garganta,
Y, atónita, hacia atrás llevó la planta.

Y en ese mismo instante se agitáron
Sus séniles entrañas fuertemente;
Sus senos ya fecundos se ensancharon;
Y con extraña concusión vehemente,
Sus arterias, sus músculos temblaron,
Y el pequeñuelo feto, ya impaciente,
Dentro el clausto materno comprimido,
Dió un insólito salto desmedido.

Y el espíritu noble y generoso
Que ese tierno corpúsculo animaba,
Al sentir el contacto poderoso
Del Numen que la Virgen encerraba;
Traspasó con un ato desdeñoso
Toda valla de tiempo, toda traba;
Y, sintiendo su ingénita hidalguía,
Las fibras recobró de su energía.

De la gracia divina los raudales
Como un torrente en él se desbordaron,
Ahogando de la culpa aun las señales;
De su mente los ímpetus forzaron
Los débiles tejidos corporales,
De lo incógnito el muro derrocaron,
Y en las altas regiones del misterio,
Aprendieron sublime magisterio.